

desperdiciando, a mi modo de ver —y conste que tengo que empalmar para esto, más que con el debate brillantísimo desarrollado aquí en la tarde de ayer y en la de hoy, con las palabras del señor presidente del Consejo de Ministros—, la está desperdiciando, porque en este fenómeno histórico, inmenso, ingente de la revolución que se acaba de vencer parece como si el Gobierno no hubiera querido ver más que lo superficial, los brotes más externos de todo lo que constituye la revolución; se dijera que lo más señero, lo más significativo fué el caso de tal pistolero que disparó contra tal autoridad, o de tal minero que encendió la mecha de tal bomba. Eso no es más que el brote superficial. Parece como si de ahí no pudiera pasarse sino a la influencia política que tuvieron tales o cuales Sindicatos. Eso no es más que el tronco del problema, pero la raíz jugosa y profunda de la revolución está en otra cosa: está en que los revolucionarios han tenido un sentido místico, si se quiere satánico, pero un sentido místico, de su revolución, y frente a ese sentido místico de la revolución no ha podido oponer la sociedad, no ha podido oponer el Gobierno, el sentido místico de un deber permanente y valedero para todas las circunstancias.

Se decía aquí por varios oradores: Pero, ¿cómo los mineros de Asturias, que ganan 18 pesetas y trabajan siete horas, han podido hacer una revolución socialista? Yo quisiera contestar: Pero, ¿es que también vamos a profesar nosotros la interpretación materialista de la Historia? ¿Es que no se hacen revoluciones más que para ganar dos pesetas más o trabajar una hora menos? Os diría que lo que ocurre es todo lo contrario. Nadie se juega nunca la vida por un bien material. Los bienes materiales, comparados unos con otros, se posponen siempre al bien superior de la vida. Cuando se arriesga una vida cómoda, cuando se arriesgan unas ventajas económicas es cuando se siente uno lleno de un fervor místico por una religión, por una Patria, por una honra o por un sentido nuevo de la so-

ciudad en que se vive. Por eso los mineros de Asturias han sido fuertes y peligrosos. En primer lugar, porque tenían una mística revolucionaria; en segundo lugar, porque estaban endurecidos en una vida difícil y peligrosa, en una vida habituada a la inminencia del riesgo y al manejo diario de la dinamita. Por eso, con esa educación de tipo duro y peligroso y con ese impulso místico satánico, si queréis, han llegado a las ferocidades que lamentamos todos.

Pero frente al estallido de una revolución llena de ímpetu místico y de instrumentos guerreros, ¿qué podía ofrecer la sociedad española, qué podía ofrecer el Estado español? ¡El Estado español...! ¿Pero es que el Estado español cree en algo? El señor presidente del Consejo de Ministros nos decía ayer, como expresión perfecta de lo que debe ser un jefe de Gobierno, que él se coloca equidistante entre las izquierdas y las derechas, sin tolerar la extralimitación de ninguna. Es decir, que en el concepto político del señor presidente del Consejo de Ministros, las izquierdas y las derechas deben existir; pero él no es ni de las izquierdas ni de las derechas. Él defiende un Estado que no cree en una postura ni en otra, aunque reconoce que ambas posturas existen y son lícitas. ¡Pero qué, si tenemos la prueba viviente en estos días de que el Estado español no cree en sus propias bases! No tenéis más que ver que estamos, por ejemplo, discutiendo la revolución bajo la censura de prensa. Nosotros formamos parte de este Cuerpo legislador, discutimos en este edificio, en el que parece que está volatilizado, entre las horribles pinturas del techo y el horrible terciopelo de los bancos, eso que se llama la soberanía nacional; pues bien: nosotros, depositarios de la soberanía nacional, tenemos que recibir cada noche una especie de espaldarazo de buenos chicos que nos discierne algún funcionario subalterno del Gobierno Civil.

El Estado no cree en nada; el Estado no cree en la libertad ni cree en la soberanía del pueblo, porque la suspende cada vez que hace falta.